

Neptuno tiene el pito muy pequeño. O eso parece, si miramos de frente al dios de bronce de la plaza mayor de Bolonia, si lo miramos por un costado, si lo miramos por el otro. En lo alto de una fuente, Neptuno se alza como el dios de los esteroides anabolizantes: qué brazos musculosos, tensos, venosos; qué hombros, qué pectorales, qué abdominales, qué muslos de esprintero de velódromo, qué dos nalgas como dos globos terráqueos. Los boloñeses lo llaman *al zigant*, el gigante. Con su pose amanerada, parece que está interrumpiendo una exhibición culturista para girar el rostro barbudo, observarte un momento y atravesarte con el tridente. Pero Neptuno, tan tenso, tan poderoso, tan tan, tiene un pene cacahuetesco. O eso parece.

De Bolonia a Florencia, donde hay otro Neptuno, el tren de mucha velocidad nos llevaría en treinta y siete minutos. La distancia entre Bolonia y Florencia es muy pequeña. O eso parece.

S. me va a aclarar algunas apariencias. En la plaza de Bolonia, me lleva hasta un punto desde el que todo se ve distinto. Me dice que me coloque en una losa negra que destaca entre las losas grises del pavimento. Y que mire desde allí a Neptuno, que me da la espalda, un poco en diagonal. Entonces veo que entre las piernas del dios de bronce sobresale un gran pene erecto, un pene vigoroso, un pene que apunta a la catedral. ¡Neptuno!

En realidad, eso que sobresale entre las piernas del dios es el pulgar de su mano izquierda, extendido, largo, firme; un pulgar que, visto desde la losa negra, parece otra cosa. Dice la leyenda, dice, que en 1563 las autoridades eclesiásticas impidieron que el escultor Giambologna le plantara a su Neptuno un pene tan colosal como el resto de su cuerpo. Y que Giambologna redujo el pito pero dejó ese pulgar, para quien supiera verlo, convertido en pene por la trampa óptica. Me cuesta creerme la censura, porque en la base de la fuente hay cuatro ninfas mucho más porno, cuatro mujeres desnudas, encabalgadas sobre cuatro delfines, un poco recostadas hacia atrás, como ofreciéndose, con las piernas abiertas y los muslos prometedores, cuatro mujeres que se estrujan las tetas con las manos y lanzan agua por los pezones. Hay que fijarse en la maravilla de esos dedos de bronce hundiéndose en las tetas de bronce: metal hecho carne. Bien, quizá hubo censura y mengua del pito de Neptuno, quizá la censura era genital,

porque las cuatro ninfas tienen una concha tapándoles la concha.

Basta: solo quería decir que todo depende del punto de vista.

Mi conclusión sobre el gran pene tramposo de Neptuno —¿fue casual, fue premeditado?— cuajará cuando lleguemos a Florencia y veamos otras obras de Giambologna. Este hombre perdió el concurso para esculpir el Neptuno de Florencia, que era el que de verdad importaba, porque el cogollo cultural de la época estaba en aquella corte, con los Medici, y debió de mosquearse bastante. El encargo de un Neptuno para Bolonia, tres años más tarde, fue un premio de consolación. Algo debió de tramar.

En el mapa del tren italiano de mucha velocidad, Bolonia es un punto y Florencia es el siguiente punto, solo hay un trazo recto y muy breve entre ambos. En un hospital de Bolonia, S. despliega un mapa de escala 1:25 000 que ocupa toda la cama y vemos cómo reptaba por el papel un trazo rojo serpenteante, un sendero que une Bolonia con Florencia, por montañas, valles, algún pueblo de vez en cuando. Vista desde aquí, la distancia entre Bolonia y Florencia crece y crece, el sendero rojo reptaba de un extremo a otro del mapa, incluso pasa al reverso, donde también atraviesa el mapa entero. Según cómo se mire, de Bolonia a Florencia hay treinta y siete minutos de tren, o de Bolonia a Florencia hay cinco días de caminata (eso creemos: acabarán siendo seis).

A ese camino lo llaman la Vía de los Dioses, oh, ah, porque hay ciertos nombres desperdigados en el mapa, monte Adonis, monte Venus, monte Luario, poco más. Son fósiles de dioses, ya muy pulverizados, que no sirven para darle un sentido a esta ruta. Ni falta que hace: es una ruta de huellas muy humanas, de piedras alineadas y lentas, de caminos que se fueron superponiendo durante tres mil años y que ahora están casi olvidados en los bosques y las montañas de los Apeninos. Los pastores abrieron las primeras sendas en la espesura, y uno de ellos, antes de que se inventaran las letras, ideó el primer mapa cuando le dijo a otro: vete hasta la roca grande y baja por el otro lado; otro pastor imaginó la primera explicación mágica del origen de la roca grande; y a partir de ahí, a través de la espesura avanzaron los caminos y las ideas, tomaron formas cada vez más complejas, hasta que un señor esculpió un dios Neptuno con músculos minuciosos de bronce, un dios en el que ya nadie creía, un dios que aún sirve. Nada tan humano como lo divino.